

Memoria y Olvido

Nicolás Buenaventura Vidal, cuentero

La presente reflexión parte de mi experiencia y trabajo como cuentero. Es un intento de observar la memoria y el olvido en mi práctica y formular, al respecto, algunas hipótesis y preguntas.

Lo que hago es contar historias, milenarias y contemporáneas, como el tiempo. Cuento cuentos de la noche de los tiempos, cuentos de reyes y reinas, de ministros justos, de guerreros valientes y leales... es decir de tiempos que, a simple vista, parecen muy alejados de los nuestros. Y, sin embargo, pretendo que mi trabajo habla del presente. Pretendo que es un trabajo sobre lo que está pasando aquí y ahora, que es lo que me interesa. Explicaré un poco más adelante el por qué.

Ahora bien, no es un trabajo de memoria, no es un trabajo de recuperación ni de recopilación. No tengo los instrumentos ni el saber. Puede darse, por ejemplo, la desafortunada situación en la que sea testigo de la última historia de un pueblo que está a punto de desaparecer y, sin embargo, ser incapaz de retransmitirla, de contarla. Sólo cuento los cuentos que me superan, que me asombran, que me convierten en otro. No creo que todas las historias merezcan ser contadas. He ido a comunidades donde me han contado historias que no divulgaría porque, a mis ojos, son como las piedras en el río, que en cuanto uno las saca del agua y se las lleva a su casa pierden su brillo y su color.

Además, nunca he podido saber, a ciencia cierta qué es lo que una historia transmite, cómo se la puede traducir a otros lenguajes, como se puede extraer de ella datos esenciales sobre determinada manera de comportarse, de ver el mundo, como se las puede comparar, las historias. Dicho de otra manera no sé qué es lo que una historia quiere decir, a duras penas sé lo que dice y nada más.

¿Cómo trabajo?

Un célebre vallenato bautiza a Colombia, como la tierra del olvido y es un hecho flagrante, lo más histórico que hay en mi país es el olvido, podría dar montones de ejemplos, algunos recientes, en los que un político repudiado por todo el mundo, un ex presidente, un candidato que habiendo salido por la puerta trasera del poder, regresa, de la noche a la mañana, reencauchado. (En mi película, La deuda hay una escena en la que el alcalde del pueblo pretende obligar al notario a redactar un decreto de olvido) En mi país el olvido se da por decreto. Seguimos viviendo en Macondo, en los años de la peste del insomnio, años en los que a fuerza de no dormir los habitantes comienzan a olvidar y deben volver a nombrarlo todo y a escribir en los objetos el nombre y la función para poder recordar. Lo que todavía no hemos hecho los colombianos es ese trabajo de renombrar para recordar.

El punto de partida en mi quehacer son las problemáticas que enfrento en mi cotidianidad. Al principio hay una serie de ideas, de preguntas que me desvelan, que me levantan a las cinco de la mañana y me impiden seguir durmiendo. Algunos ejemplos: crecí en un país machista. Todavía recuerdo haber escuchado, en el bar de la esquina de mi casa, a un hombre exclamar: *¡Es que mujer que no jode es hombre y si no es camioneta!* La mayoría de los chistes que escuché en mi infancia eran en contra de las mujeres, de los homosexuales y de los negros.

Hijo de una madre francesa, identificada con los movimientos de la liberación femenina, que vivía en carne propia el conflicto, tuve que buscar una manera de enfrentar el dilema. Para responder a esa palabra monté *Cuentos para mujeres*.

Preocupado por la guerra en mi país monté *La guerra de los Cuervos y de los Búhos*, inspirándome en el *Panchatantra*.

En el 94 o 95, se declara el año mundial de la tolerancia y monto *Los cuentos del Espíritu*, un espectáculo que habla de la otredad, de la capacidad de conocer la humanidad que el otro representa ya que creo que, en Colombia el problema no es la tolerancia, por el contrario: hay exceso de tolerancia, toleramos que al vecino lo maten sin inmutarnos. El problema a mis ojos, por lo menos en aquel momento, tiene que ver con el reconocimiento del otro.

Una vez que logro darle forma a los problemas, en cuanto creo haber visto cuántas patas, brazos y cabezas tiene el monstruo, comienzo a hacer la dramaturgia del espectáculo. Establezco un eje paradigmático y un eje sintagmático. Un principio de selección y un principio de continuidad y sin traición ni fidelidad rescribo, me apropio, reinvento el material que he seleccionado. En general trabajo a partir de materiales orales, varios de ellos conocidos a través de recopilaciones de cuentos populares tradicionales de diferentes culturas. El objetivo fundamental de este trabajo es el de devolverle al texto su primera naturaleza, hacerlo materia sonora, fonética, vocablos. Encontrar la palabra precisa, el tempo, el ritmo, las cadencias, las musicalidades. Una vez establecido el texto busco los músicos con los que voy a trabajar o los instrumentos y paso al montaje, etapa en la que se reinicia el proceso. Principio de selección y principio de continuidad. Definición de los materiales, etc.

Terminado el boceto de montaje empiezo a ensayar y ensayo mucho cada texto, en la calle, en el bus, antes de dormirme, repito hasta la saciedad. Ensayo para olvidar. Ese es el objetivo de los ensayos, de la repetición: el olvido. Cuando tengo que recordar un texto, cuando tengo que hacer memoria para poder contarle es un cuento mutilado, es un cuento que sangra. Sólo lo puedo contar cuando he conseguido olvidarlo, cuando la boca lo conoce de manera tal que nunca tengo que pensar en la palabra siguiente, cuando se lo saben mis pulmones, mi vientre, los dedos de mis pies. Uno de los objetivos principales del trabajo de ensayos es olvidar, la memoria es el mejor instrumento para olvidar. A menudo la gente me dice que tengo una memoria sorprendente y me pregunta cómo hago para acordarme de tantos cuentos, en realidad no los recuerdo, no hago memoria, los cuentos los voy viendo a medida que voy contando, ocurren. Mientras estoy en la etapa de recordar, el texto no reacciona, debe ser olvidado para poder, cada noche, revivir frente al público volver a ocurrir.

La memoria.

Abdourahman Waberi dice que *la memoria sirve para ocultar el tiempo de antaño, olvidar la herida demasiado viva, estorbándola con recuerdos que tergiversan el orden inicial de los acontecimientos*.

La memoria elabora lo que no podemos recordar, lo disfraza.

Cuando por alguna razón pierdo un texto; el computador que no grabó lo que redacté o la pérdida de una libreta de apuntes, y trato de reconstruir el escrito perdido, la memoria me traiciona, me hace sentir, en cada instante, que el texto desaparecido, el que ya no voy a poder

recuperar es superior al que estoy haciendo. Que jamás lo podré igualar. El recuerdo idealiza el texto ausente. Sólo si lo olvido puedo reencontrarlo, hacerlo nacer de nuevo.

Un proverbio en Colombia dice que lo traumático no es el hecho sino el recuerdo. El neurólogo ruso Luria habla en uno de sus libros traducido al francés con el nombre de *L'homme dont le monde éclatait en morceaux*, de dos personajes que encontró en dos momentos de su vida. El primero no puede recordar, habiendo recibido un impacto, tiene fragmentos metálicos incrustados en su cabeza, uno en el cerebro, que afectó la zona donde se encuentran varias de las muchas formas de memorias que tenemos, (si es que de verdad se encuentran localizadas en lugares precisos). El hombre no recuerda lo que hizo hace cinco, diez, veinte minutos, tres días, dos años, su vida quedó suspendida el día de la explosión del artefacto que lo hirió.

El segundo cuenta la vida de un hombre que sufre otro disturbio, otra enfermedad: lo recuerda todo. Una memoria prodigiosa: este hombre recibe de su jefe la orden de tomar notas en una reunión importante. Terminada la reunión el jefe, disgustado, le reclama que no lo vio apuntar nada y el hombre le describe, con lujo de detalles, todo lo ocurrido.

El primero de los casos tiene posibilidades de cura, nuestro hombre puede hacer un gran trabajo, de hecho escribe todos los días, se entrena, debe nombrarlo todo una y otra vez, leer la vida, los signos, interpretar; otras zonas del cerebro le ayudarán... el segundo no tiene salvación: la incapacidad de olvido, demuestra el neurólogo Luria en aquel texto, es más grave que la incapacidad de memoria. Este *Funes* memorioso de Luria que, aparentemente, lo que tiene es una facultad, un poder extraordinario, es en realidad un "tonto". Lo más grave es que no sabe que no olvida, si no se lo dicen ignora que no es "normal", no puede asociar dos ideas distintas, no hay metáfora, ni transposición alguna en su pensamiento. El no sabe. Sin olvido no hay lugar ni trabajo de memoria.

Tal vez olvidar es el objetivo pero para poder olvidar, para poder hacer el duelo se necesita descubrir las verdades ocultas, elaborar los hechos y elaborar una percepción de ellos.

Mi trabajo es efímero en el sentido en el que es materia oral, palabra dicha. Hay un cuento del antiguo Egipto en el que dicen que cada año había un concurso de inventos, un año se presenta un hombre con un invento prodigioso, antes de permitirle presentarlo ante el jurado del concurso el rey pide verlo y al verlo lo prohíbe. Le dice al hombre: Tu invento va a ganar y si gana, acabará con la memoria y con la capacidad de recordar. El invento era un papiro, el primer "libro". Esta historia subvierte los términos que nos ocupan de manera interesante, nos dice que tal vez lo efímero, lo perecedero es la memoria y lo duradero, lo que tiende a la eternidad es el olvido.

De un acontecimiento traumático ¿qué queda? Por un lado un recuerdo que con el tiempo se va deformando, por otro la herida, la llaga abierta. De la llaga ¿qué queda? La cicatriz. Para decirnos que eso ocurrió, para que contemos la historia, pero la cicatriz ¿qué es? ¿Es memoria o es olvido?

Si la enfermedad del olvido es la amnesia ¿cuál sería la enfermedad de la memoria? ¿La obsesión?, ¿el rencor? La memoria puede ser la incapacidad de la cicatrización. Si hablamos de llagas, de heridas profundas en órganos vitales de nuestra letal y extraordinaria especie, los humanos, creo que la memoria es camino, es el necesario trayecto para el olvido, no es un fin.

La escritura, el registro, que es la muerte materializada es, de acuerdo con la historia que conté, olvido, frente a la palabra viva y efímera que es camino, lectura, vida.